

Julien Gracq

Nudos de vida

Traducción de
Lluís Maria Todó

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2022

Título original: *Nœuds de vie*

© Éditions Corti, 2021

© De la traducción, Lluís Maria Todó, 2022

© **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2022**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-122754-6-9

Depósito legal: B 7944-2022

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

<i>Prólogo de Bernhild Boie</i>	9
Caminos y calles	13
Instantes	43
Leer	79
Escribir	113

Prólogo de Bernhild Boie

El auténtico misterio del mundo es lo visible, no lo invisible.

OSCAR WILDE

En el Fondo Julien Gracq del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia se encuentra una serie de 29 cuadernos titulados *Notules* (*Nótulas*). Julien Gracq prohibió cualquier divulgación de esos textos por un periodo de veinte años después de su muerte. Sin duda por respeto a sus contemporáneos arañados aquí y allá al paso de la pluma. Así pues, deberemos esperar al año 2027 para que el contenido de esas notas sea desvelado. Pero el Fondo Julien Gracq oculta otro tesoro cuyo acceso no está vetado por ninguna prohibición. Son los fragmentos en prosa que podrán leerse aquí. Forman parte de un conjunto de textos que Gracq copió en sus cuadernos para que fueran mecanografiados.

Este descubrimiento que hacemos hoy entre las colecciones de la Biblioteca Nacional nos ofrece la maravillosa sorpresa de recuperar una escritura que nos permite ver, sentir y pensar. Una prosa poética luminosa que, paseando por caminos y carreteras, hace surgir paisajes con todo lo que implican

de presencia inmediata, recuerdos, historias, mitos y cuentos de hadas. Una prosa sensual en la que los objetos se animan y donde lo vivo se une a lo inerte, «las vacas esparcidas por todas partes en los prados, como una colada». Unos «nudos de vida» que anidan en la lengua. Así, todo viaje se hace descubrimiento de otra cara de la tierra y de la vida que se agarra a ella —«calveros adormecidos de luna»— «casitas con guirnaldas de viña virgen». Y muchas veces la mirada del geólogo restituye a un lugar sus orígenes y decide sobre su calidad y sobre el placer de estar en él:

Entre un paisaje asentado sobre la roca, donde por todas partes el grano y la osamenta de la materia profunda dan ritmo al ordenamiento, y otro que se conforma con una ruina friable e indiferenciada hay la misma distancia que entre un edificio de granito o de piedra tallada y una construcción de adobe.

Pero hay también en estos textos una palabra lúcida, a la escucha del mundo tal como va. Comentarios burlones, a veces irónicos, sobre la república de las letras y sus costumbres. Un pensamiento sereno que, sin nostalgia ni lamentaciones, deja al desnudo las certidumbres efímeras y las frágiles convicciones de la sociedad moderna y de la escena política.

Una crítica perspicaz, precisa, plenamente conectada con su época, pero también y sobre todo adelantada a la nuestra, cosa que confiere a algunos de estos fragmentos un tono casi profético. Trazan así un inventario de la tierra que carece de ilusiones, como escasa es la confianza del escritor en la toma de conciencia de los humanos:

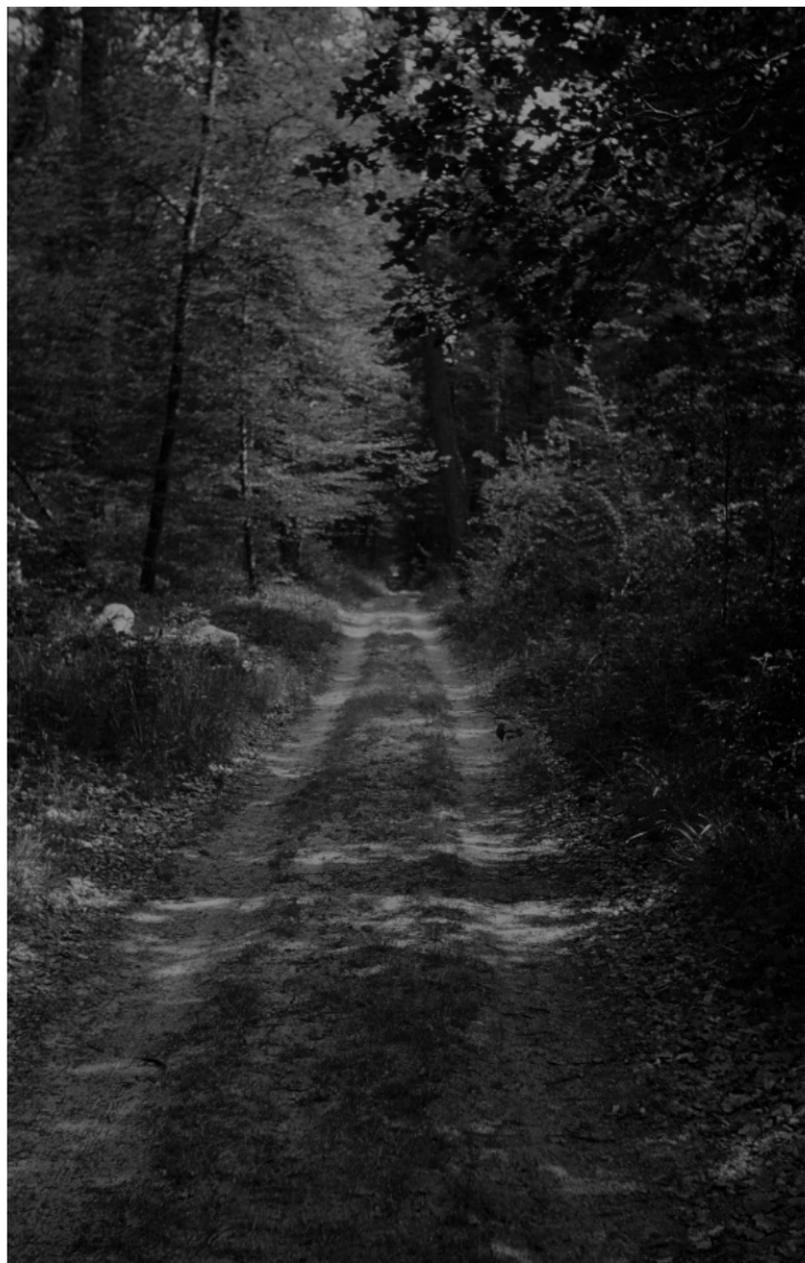
... la Tierra ha perdido su solidez y su asiento, esa colina, ahora, la pueden arrasar a voluntad, secar ese río, disolver esas nubes. Se acerca el momento en que el hombre no tendrá ante sí nada más que él mismo, y solo un mundo enteramente rehecho con sus manos, *según su idea* —y yo dudo de que en aquel momento pueda descansar para gozar de su obra, y juzgar que esa obra era buena.

Se puede aplicar a estas notas lo que decía Gracq a Jean Carrière en 1986: «... podemos muy bien considerar este mundo una maravilla insustituible para el hombre, y estar tranquilamente desprovistos de esperanza».

La ordenación del presente volumen quiere recordar la imagen que se hacía Gracq del libro: «... siempre he tenido una debilidad por los libros divididos en capítulos, por los capítulos con título». Pero aquí como en *Apostillas II*, la distribución de los textos es flexible, con fronteras porosas. Temas y formas se entrecruzan, la escritura se alza libremente, cambia de cadencia, de timbre, de color según su objeto.

Al escritor le gustaban también los capítulos precedidos de un exergo. Nosotros los hemos substituido por fotos tomadas de los archivos fotográficos del escritor.

«Y ahora dejemos la palabra al texto, que no es poco.»



Caminos y calles

Muchas veces, después de un viaje en coche, me queda un recuerdo más tenaz de las etapas hechas en la niebla, en las horas tardías de la tarde de verano, cuando nos agujonea la búsqueda de un problemático cobijo para la noche, y la noche que cae recupera para el viajero algo de su antigua inquietud. El septiembre pasado, a última hora de la tarde —al estar todos sus hoteles inesperadamente llenos— dejé la pequeña ciudad de Sancerre para ir hacia el oeste a través de la Sologne, poco seguro de encontrar en alguna parte cobijo y cubierto entre sus brezales. Mientras bajaba la montaña, el sol rasante todavía regaba generosamente las pendientes de viñedos, luego la zona de Henrichemont empezó a torcer caprichosamente la pequeña carretera siguiendo los cerros y valles cosidos de cercas, donde la noche iba ganando poco a poco, como la crecida de un lago negro. Me lancé a lo largo de una pendiente suave hacia abajo en largas líneas rectas cubiertas por bóvedas de ramas; un guiño de luz moribunda se entreabría y animaba sobre el fondo aplastado de la perspectiva. La noche se estableció por completo y avancé silenciosamente, como abrigado por unas pieles olorosas que me dispensaran no calidez sino frescor. La geología no se ausenta jamás completamente de la sensación que me procuran los paisajes; la Sologne sigue siendo para mí la cuenca de Francia que fue en el momento del acarreo enorme de sus arenas, arcillas y gravas;

un ombligo estancado, ahondado, que el viento no visita mucho y que duerme como una charca bajo su espuma verde. La travesía nocturna de las arboledas solo revela en el haz de los faros unas piernas de gigantes estupefactos cuyas cabezas se pierden y nublan mucho más arriba, en un estrato mayor, en el que la confusión de la noche entremezcla sus sueños pesadamente. La noche de la Sologne es más extraña: es la de un parque aún cuidado con languidez, pero donde, al abrigo de la oscuridad, lo salvaje viniera a golpear en olas tenebrosas a lo largo de sus limpias y estrechas carreterillas de asfalto. Sorprende el mantenimiento maníaco que preside esas rutas de soledad: parece que de un momento a otro la precaria cinta adelgazará y se perderá de repente en un hoyo de arena. Pero sigue, como si el hilo de un pensamiento despierto se apartara, fuera desgajando ante nosotros la pesada obstrucción nocturna. Estuve mucho tiempo avanzando en aquel fondo oscuro, infundido en el olor a plantas, poblado de ojos de animal luminiscentes, como los que arden en los grandes fondos del mar; aquella vida animal que se despertaba y parecía nacer del silencio mismo del follaje devolvía de repente el ánimo dócil a la pendiente de un cuento de hadas algo negro, lo hacía flotar sobre las atrayentes lindes de alguna noche de Walpurgis, poblada ya de roces indiscretos. Pero a la vuelta de una curva de la carretera, los altos muros góticos de Aubigny-sur-Nère se alzaban detrás de los árboles, recortados sobre las luces de la carretera principal en la que las terrazas de los cafés permanecían despiertas en el cálido atardecer; la diminuta ciudad de los Estuardo, con sus farolas de forja colgando en las esquinas de las calles antiguas y chocando contra los muros, se me apareció al salir de aquella inmersión en la selva

negra, como en la luz cálida y globulosa de las farolas venecianas colgadas para un baile de las ramas de un parque.

★

Paisaje invernal del valle del Loira inundado: una capa de agua áspera, erizada por el cierzo de Navidad, cubre las praderas del Thau; tan solo emergen, aquí y allá, arrimados a algunos fresnos desmochados que se han salvado de la parcelación, los acechos de ramas de los cazadores de patos. A través de la ligera bruma de escarcha que empaña el valle y apaga cualquier color tan solo se transparenta una Picardía fría y gris de tierras bajas, un *laagland* flamenco ahogado por alguna ruptura de esclusa, en el que la delgada luz de invierno apenas entrea-bre, por espacio de unas horas, un párpado de tedio.

Así como el valle del Bajo Loira dibuja aproximadamente la línea de demarcación entre los tejados de pizarra al norte y al sur la teja vandeana, amiga de la higuera y la vid, el movimiento del paisaje bascula según las estaciones: nórdico en cuanto han caído las últimas hojas, meridional así que vuelven los primeros calores. Y el río mismo, de una estación a otra, parece cambiar de latitud: uadi en el Loira al fin del verano, con sus *charcos* atrapados entre la red de los bancos de arena —fría y gris corriente holandesa del invierno, hinchada hasta llegar a ras de los diques—. Pasando de una a otra orilla, para mí, y casi en cualquier estación, la luz se ensombrece: comprendo la angustia de los vendeanos de 1793 al poner pie en la otra orilla del Loira. Pocas campiñas me parecen tan exiladas, tan pobres de vida como las que forman la parte norte del Loira Atlántico. Aceptaría muy mal verme forzado a vi-

vir allí: el patetismo que siento en la vida del poeta René Guy Cadou se debe en parte a que estuvo encadenado a esos lugares desheredados: Saint-Herblon, Louisfert. La faz de la tierra tiene sus limbos, en ambos sentidos: zonas fronterizas en las que la vida se marchita, no se pone en movimiento ninguna atracción, estancia a un tiempo de almas sin destino ni pendiente, y que, al parecer, el signo de ningún cumplimiento puede marcar.

*

Picos nevosos, tan ácidamente decapados sobre el cielo que parecen bañarse en una saliva de azul.

*

Hace un día de fin de invierno claro y frío, de ese azul metálico y brillante de zinc nuevo que se ve en el cielo de las últimas heladas cuando los días ya se alargan; la sequedad de ese frío es tónica e hilarante. Me cruzó, no sé por qué, el deseo de ser transportado a las puntas de Bretaña, en el río de viento ácido, corrugador, que decapa las casitas blancas, en la costa salivosa y azotada, hacia el mar que en cada incisura se hace grumoso y *sube* como la nieve de los huevos batidos. Allí donde los soles de la mañana, que adoré, son más nuevos, más blancos, más gredosos que en otros lugares; en el país del mundo rejuvenecido, porque parece salir de la espuma a cada alba.

*

De ese agradable balcón sobre el Loira que es *La Meilleraie*, lugar del que ya he hablado en estos cuadernos y por donde me gusta pasear, como esta tarde, al sol de octubre, existe una réplica, o más bien una prolongación, más agradable todavía: *La Basse Meilleraie*, una hilera de casas que la prolonga hacia el oeste, con jardines que dan directamente a la orilla silvestre del Loira, y a la que solo se puede llegar por un estrecho camino transitable que pasa por detrás de las casas. El nombre de *Basse* («Baja») *Meilleraie* (en la metonimia «bajo» suele ser sinónimo de «malo»), me tenía alejado de la aldea, juntamente con su reputación, bien establecida en Saint-Florent hace sesenta años, de no ser más que una especie de suburbio popular, habitado solo por algunos pescadores necesitados, y a donde uno iba para encargar un sábalo o una fritura de anguilas. En realidad, aquellas viejas casas, una vez compradas, rehabilitadas, pintadas, flanqueadas de porches y cenadores, se han convertido en un rosario de casitas de recreo, modestas pero casi todas atractivas a la mirada detrás de sus cuadros de frutas y verduras, y el sendero herboso que se desliza a lo largo del Loira entre sus jardincillos a un lado y por el otro la hilera de fresnos y sauces de la ribera, abre entre río y jardines un paseo cubierto, un *pedazo de mundo* centelleante y florido que parece hecho para proteger y esconder en cada casa sendas dichas domésticas agazapadas entre rosales y judías. El placer que sentí al deslizarme por primera vez por aquel sendero humildemente encantado tenía algo de la revelación, que el sueño procura a menudo, pero también a veces la realidad, cuando, por una puerta clandestina, por un pasaje escondido, un lugar atrayente y familiar desemboca de repente para nosotros en otro, insospechado y aún más atrayente.

Como si en aquel paso un poco milagroso a la quintaesencia, tan súbito y fácil, se nos revelara una capacidad de profusión, de exceso en el don, dejándonos a la vez sonrientes de bienestar y casi incrédulos, como cuando en el castillo encantado de los cuentos, el comedor en el que el jinete cansado encuentra ante sí la mesa servida resulta ser en realidad la antesala de la cámara de los tesoros.

En aquella ribera de la Baja Meilleraie se divisa, interponiéndose ante el perfil del monte Glonne, la punta de la isla Mocquart: una de esas islas, a veces extensas, y antiguamente ocupadas por varias granjas, que la ausencia de puentes obligó a evacuar hace décadas. No tienen más habitantes, en el buen tiempo, que los rebaños que llevan en barca ahí para pastar y dejan en libertad en esos cercados naturales; desde la orilla se ve cómo las ruinas de antiguos caseríos, de un gris de líquen, se van hundiendo poco a poco bajo la hiedra y la maleza. Ese reflujó de la colonización desde una tierra exuberante que podía dar abundantes cosechas de cáñamo y tabaco indica que el *ápice* de la explotación de aquel precioso terreno del Valle ya pasó: así como en América nunca las han explotado, aquí se abandona al barbecho o al vano pastoreo cada parcela de lo que queda fuera de la zona de fácil acceso para los vehículos motorizados. Como si la economía rural, tan fina y delicada, que era a las tierras de labor lo que el encaje es a la costura, y que aquí sacaba partido ingeniosamente de cada palmo de terreno, empezara a pudrirse por el corazón, anunciando a largo plazo, en la dominación cortés y educada, muy madura, a la que el hombre había sometido la Tierra, un repliegue de gran amplitud.